

## 2. DI TÚ CÓMO SE JUNTA

José Luis Corzo

Me impresiona mucho un sencillo himno de san José que encierra en pocos heptasílabos un enigma de siglos, el acorde entre lo divino y lo humano.

*“Di tú cómo se junta / ser santo y carpintero, / la gloria y el madero, / la Gracia y el afán, / tener propicio a Dios y escaso el pan”.*

Nunca en mi vida he rimado unos versos, pero éstos de san José me fascinan tanto que me atrevo a seguirlos con lo nuestro:

Di tú cómo se junta / aprender y rezar, / las tizas y el altar / ser maestro y ser cura / enseñar lo que pasa y lo que dura.

En la interpretación italiana de Milani no se ha buscado la unión, sino al contrario, unos han alabado al maestro y otros al cura. El *caso abierto* que iniciaba estas páginas lo refleja bien. Parece que mi libro ha sorprendido allí por el intento contrario. Todavía me esfuerzo por encontrar la síntesis, convencido de que el Hijo de Dios del cristianismo también fue verdadero hombre. Además, veo una y otra vez los atolladeros en los que se meten algunos católicos de la enseñanza, ya sea con la educación para la ciudadanía, las clases de religión o quiénes son los destinatarios de sus llamadas escuelas con-

fesionales, expresión bastante enigmática, por lo demás.

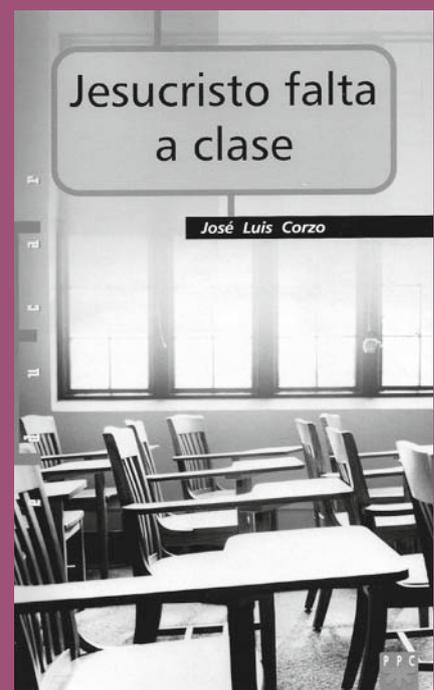
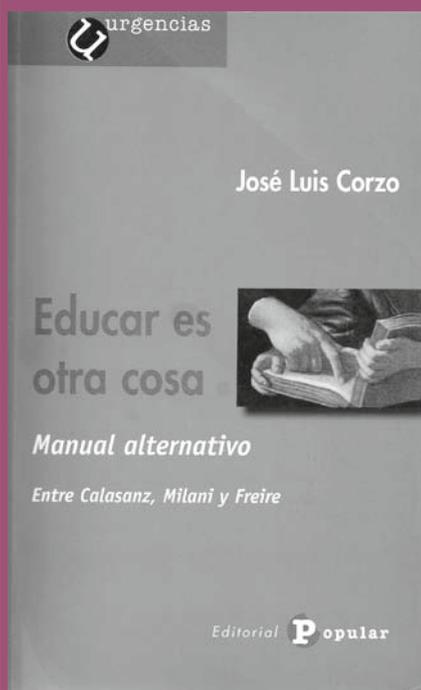
Así que en los últimos años he tratado de estudiar y escribir sobre Teología de la educación, ella misma un cenagal de teorías, a veces dualistas (la escuela católica es la buena y las demás son malas) o monistas a la fuerza (sólo la fe sabe educar); o, desde el lado opuesto, dualistas o monistas en lo mundano (primero la educación y, después, ya veremos). Yo he cultivado una teología de la secularización para respetar a fondo lo mundano y dialogar con ello desde la fe. Así que he publicado dos libros, uno para cada paso:

- *Educar es otra cosa. Manual alternativo entre Calasanz, Milani y Freire* (Ed. Popular, Madrid 2007) 192 pp.
- *Jesucristo falta a clase. Notas de Teología de la educación* (PPC, Madrid 2008) 171 pp.

Los resumo aquí con dos observaciones casi terminológicas. La primera sobre la diferencia que hay entre educación e instrucción, que *Educar(NOS)* lleva repitiendo desde hace mucho, en concreto, desde el proyecto Peñaranda (nnº 18, 19-20 y 23).

El área de la instrucción, de la enseñanza y de la transmisión de saberes... hizo que nuestro Ministerio de Educación en algunas épocas se llamara sólo de la

Instrucción Pública (como todavía en Italia y en otros países). La LOGSE amplió mucho lo que se debe transmitir en la escuela: contenidos cognitivos, procedimentales y hasta axiológicos; es decir, conocer hechos, conceptos y principios, técnicas o procedimientos y valores, normas y actitudes. Todo ello pura enseñanza, donde la relación entre profes y alumnos no varía: unos tienen y hasta abundan y, los otros, carecen. Por el viejo método *machaca*, repetitivo, o por el actual activo y constructivista, lo que se pretende es que quien no poseía (saberes, técnicas o valores es igual) acabe teniendo. Una acción expresada





con verbos transitivos; algo se transmite y se aprende del que sabe al que no.

Pero educar es otra cosa. El proceso existencial humano del crecimiento personal (*educere*) no es transitivo. Cuando con el verbo enseñar pretendo educar y modelar a otro lo que hago es amaestrarlo, domesticarlo y, si pudiera, clonarlo. Y además no suele salir bien. Educar (educir) es, en el fondo, un proceso de relaciones, queridas o impuestas por la vida, de búsqueda o de respuesta. Es un desarrollo de la persona, que en sí es resonancia y relación, compañía, más que cualidades potenciales de la biología, fisiología, psicología... La persona *suen*a y responde a sus relaciones "con la naturaleza, con los demás y hasta con Dios" (P. Freire). Los verbos con los que vive y crece son intransitivos, como crecer, abrirse, florecer y dar fruto. Yo no puedo crecer a nadie, ni florecerlo ni madurarlo. Sólo favorecer o no las circunstancias de su entorno, que también es el mío.

Todos hemos crecido, más o menos, o madurado hasta aquí, afrontando, dando la cara a los desafíos de la vida colectiva, junto a los otros del ambiente común. El hecho mismo de no afrontar los nos ha maleducado y por eso hemos madurado poco. Entre "educador y educando" (términos que yo preferiría obviar) median, como dice Freire, los retos de la realidad que nos provocan a todos. Toda educación es medioambiental y depende del entorno, desde la misma lengua en que nacimos. ¿Cómo se llama y se trata aquí a los inmigrantes, qué se hace con la energía eléctrica y la gasolina, con los ancianos, con el tiempo libre, con el dinero, con el sexo...? Así existimos y así surgimos cada

uno. De relacionarse más y mejor con las otras realidades y personas es de lo que se trata, a fin de cuentas.

La segunda observación afecta al adjetivo *cris*tiano que solemos adosar a la escuela, al conocimiento, a la educación... Pero no se debería emplear como adjetivo. Sólo es un cristiano el que confía en Cristo, cree en él. Y además no tenemos ninguna revelación de lo que es una escuela cristiana. Ni existe en la Biblia más revelación que la cercanía y el amor de Dios. No hay en ella un modelo revelado de familia cristiana, ni existe una santificación de cada parcela de lo mundano a partir de una supuesta revelación de cada cosa. Son abusos. Referir a Dios todo lo creado es una cosa más complicada, que pasa por la autonomía de la razón y de la libertad humanas. Convertir la fe cristiana en una ideología (forma unívoca de ver la realidad entera, etc.) e impartir ésta en la escuela bajo el epígrafe de *cató*lica es una operación de alto riesgo, teológicamente inaceptable. Ni el evangelio ni la fe son una ideología.

¿En qué condiciones, pues, la escuela sería un lugar de evangelización?

Como lugar de la transmisión del saber, es decir, como lugar de la instrucción que es la escuela, respondo: cuando llegue a "los que están desprovistos de los bienes de fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia y a los que están lejos del don de la fe". ¡Vaya tres categorías! ¡Las que considera el Concilio Vaticano destinatarias principales de la escuela católica! ¡Y casi nadie lo cita! No es relevante si la escuela llega o no a los hijos de padres católicos, a no ser para que convivan en ella —

como escuela de todos — con los mencionados antes.

Esta diaconía (servicio) de la Iglesia vale para su complicidad con los pobres en cualquiera de sus centros y orienta también su presencia servicial en las clases de religión de la escuela pública, destinadas a todos; no un derecho exclusivo de los padres católicos. En este punto la tozudez de la postura oficial hace sufrir. Las páginas de *Carta a una maestra* sobre el Evangelio ni las han leído. En mi segundo libro he tratado de detallar lo que sería una cultura general que no ignore las religiones. No es adoctrinar a nadie el que un imán islámico o un católico enseñe a todos en qué consiste su religión. El máximo escollo anida en la universidad española que no acoge en sus cátedras ni la Historia de las religiones ni de la Iglesia (como en Italia), ni otras ciencias humanas sobre la religión. No digamos ya la Teología, ausente de la universidad española desde la mitad del siglo XIX, aunque esa sí confesional: es decir, elaborada con la razón y la fe.

Pero no me resigno a omitir una especial conexión entre instruir y educar, en la que baso mi propia Teología de la educación y que podría otorgar algún valor educativo — no clonante — a la escuela. Sucede cuando lo que se enseña y se transmite ayuda a afrontar los desafíos de la vida colectiva: primero, dándolos a conocer a los alumnos, acercándolos ante su vista, en vez de ocultarlos "porque eso no se da en clase". *El eje* de esta misma revista lo muestra bien. Y, segundo, invitando a responder a tales desafíos con las actitudes propias de los cristianos, que alguno habrá en cada escuela y se han de ver. ■